



LONDRES, PARÍS, MADRID

No hay soledad semejante á esa soledad que el hombre encuentra en medio de las grandes multitudes, porque nunca está más solo que cuando los demás no le dejan estar consigo mismo.

Se encuentra á sí propio siempre que se busca, excepto cuando se pierde en el confuso laberinto de la muchedumbre; y por eso en el agitado tumulto de las grandes poblaciones es donde está menos acompañado, es donde pierde hasta su propia compañía.

Se puede decir que vive separado de sí mismo. Está en la multitud como está el céntimo en el duro, como está la gota de agua en el mar, como está la unidad en la suma.

Se separa y se aleja más de sí mismo, conforme se acerca y se une á los demás hombres.

La ternura de un cariño profundo, interceptada, si me es permitido decirlo así, por las corrientes encontradas de la multitud, puede hacerle exclamar de esta manera con triste exactitud:

«Yo sé que vives aquí, en el fondo de mi corazón: los latidos que siento me dicen que tu imagen está llamando á las puertas de mi alma.

»Lo sé; pero este oleaje de seres humanos que se agita detrás y delante de mí no me deja verte; este estrépito incesante que llena mis oídos no me deja oírte; ese movimiento que me lleva y que me trae, que me empuja á la vez en todas direcciones, y que á la vez me arrastra hacia todas partes, no me deja acercarme á ti.

»Tú llamas á las puertas de mi pensamiento, y yo no estoy conmigo.

»Búscame en tu corazón, porque en el mío no estoy yo.

»Mi vida es tuya, y por eso puedo jurarte que esta no es mi vida.»

Sumergid en el fondo de un vaso lleno de agua un grano de sal, y veréis cómo el agua va poco á poco devorándolo, y le veréis al fin aniquilarse y desvanecerse.

Allí está la sal; pero, ¿dónde está el grano?

De la misma manera se disipa el hombre sumergido en la multitud: podemos decir que se disuelve.

El hombre no es ese bolsillo insaciable que necesita extenderse por la muchedumbre para extraer de ella el oro con que ha de llenarse.

No es el ser perdido que va de deleite en deleite y de vicio en vicio, buscándose á sí propio sin encontrarse en ninguna parte.

No es el mendigo, ciego por la soberbia, sordo por el orgullo, hinchado por la vanidad, que le pide al mundo fácil limosña de aplausos fugitivos, que parte el pan de su celebridad y de su gloria, hoy con Blondin, mañana con Hermann; una veces con el toro más formidable de la última corrida, otras veces con el caballo más ligero de la última carrera.

No es el que busca en las agitaciones de la vida común la satisfacción continua de sus inconstantes deseos, como un testimonio de su propia vida.

No es, en fin, el que, huyendo de sí mismo como el reo huye del juez, corre á ocultarse en el fondo de la multitud, para no sentir la severa mirada de su propia conciencia.

¡Las grandes poblaciones! Londres, París, Madrid....; ¡cuántos corazones habéis robado á la virtud, cuántas inteligencias á la verdad, cuánta salud á la vida, cuánta felicidad al hombre!

Aquí la especie humana parece transformada: el hombre es otro.

¿Sabéis lo que es una mujer sepultada en el alegre rincón de su honesta casa?

¿Sabéis lo que es una mujer en medio del mundo, escondida detrás de sus encajes, detrás de su belleza, detrás de su fausto?

Pues son dos cosas tan opuestas entre sí como la luz y la obscuridad.

Estas dos mujeres, puestas la una enfrente de la otra, hablarían mucho tiempo sin entenderse.

Diría la primera: «Mi marido, mis hijos, mi madre, mi casa».

Diría la segunda: «Mi vestido, mi aderezo, mi coche, mis salones».

En medio del fausto del mundo dirá la primera «Me canso».

Allí mismo dirá la segunda: «Gozo».

En el tranquilo seno de su familia dirá la primera: «¡Qué felicidad!».

En medio de sus salones solitarios dirá muchas veces la segunda: «¡Qué fastidio!».

La primera dice bajando los ojos, como si quisiera ocultarse: «Este es mi hijo, esta es mi madre».

La segunda, alzando la mirada, como si quisiera descubrirse por entero, va diciendo por todas partes: «Esta soy yo».

La primera se busca y se ve en su propio corazón.

La segunda, como si tuviera miedo de encontrarse sola, no se atreve á verse sino delante de un espejo.

La una puede poseer todos los encantos.

La otra posee, por lo común, todas las multitudes.

Dice aquélla: «Me veo, me admiro y me adoro».

Dice ésta: «Me siento, me conozco y me estiman».

La una lleva por todas partes la compañía multuosa del mundo.

La otra lleva siempre consigo la soledad de su propia compañía.

El mundo que rodea á la primera no la deja acordarse de sí misma.

La soledad que rodea á la segunda no la deja verse ni un momento.

He aquí cómo sucede esto:

Á aquélla no la deja pensar el mundo en que debe ser buena.

Á ésta no la deja pensar la soledad en que puede ser hermosa.

La una tiene por casa el mundo.

Para la otra no hay más mundo que su casa.

Y esa mujer, que es toda vanidad, os robará siempre el afecto de esa otra mujer que es toda amor.

Toda multitud es un conjunto mayor ó menor de seres humanos que se agitan completamente solos.

Es más fácil engañar á una multitud que á un hombre.

El hombre se ríe de todas esas aguas maravillosas que hacen crecer el pelo en las cabezas calvas, y, sin embargo, la multitud las compra, como si el hombre, al formar parte de ese conjunto que llamamos multitud, dejara de ser hombre; y es que la multitud le intercepta, le separa de sí propio, le arrastra y se lo lleva.

Si no hubiera multitudes, no habría charlatanes.

En medio del torbellino de las multitudes, el hombre no está casi nunca en plena posesión de sí mismo.

Las multitudes cometen crímenes que cada uno de los hombres que las componen sería incapaz de cometer por sí solo.

Se sabe adónde puede llegar la perversidad ó la locura de un hombre, pero no es posible saber adónde puede llegar la barbarie de una multitud.

Muchos hombres reunidos hacen cosas que separados no haría ninguno.

No hay forma de pedirle á una multitud cuenta de sus actos; parece que es por su naturaleza irresponsable.

Esto lo define y lo explica perfectamente: la multitud no sabe nunca lo que se hace.

Es el hombre separado de su conciencia, el hombre fuera de sí mismo.

El hombre no está en la multitud, ó, mejor dicho, desaparece en ella, se disipa en ella, se pierde en ella.

Por eso digo que no hay soledad semejante á la que resulta de la compañía de la multitud; porque nunca está el hombre más solo que en medio del tumulto de los hombres.

Nunca es menos hombre que en medio de la muchedumbre de los hombres.



D. PLÁCIDO CASTRO VERDE.

DON Plácido Castro Verde es un español vecino de París, que indudablemente merece los honores de la celebridad; pues, conociendo perfectamente á su siglo, ha tenido el tino de poner el dedo en la llaga.

No se crea por esto que D. Plácido Castro Verde es un cirujano.

Si se examina bien el motivo que nos hace arrojar su nombre á la admiración pública, se verá que este español ilustre ha dado á la propiedad un título de posesión bastante nuevo, y aunque no del todo original, más fehaciente sin duda que los diversos títulos con que cada uno posee lo suyo ó lo ajeno contra la voluntad del resto de los hombres en la presente evolución del género humano.

Digo del resto de los hombres, porque sería algo difícil encontrar uno que no desee lo que tiene

otro, por la razón suprema de que lo que se necesita es precisamente lo que no se tiene.

No se crea por esto que D. Plácido Castro Verde es un jurisconsulto.

Hundiendo un poco más la consideración en el descubrimiento que eleva á este español, vecino de París, á la categoría de los hombres célebres, nos encontramos con que, por una de esas soberanas adivinaciones á que el hombre llega sin saber cómo y sin saber por dónde, ha puesto un dique poderoso al torrente invasor de las ideas que en estos momentos enriquecen la ciencia con el caudal de nuevas especulaciones, al mismo tiempo que empobrecen el mundo.

Digo que empobrecen el mundo, porque parece cosa averiguada por la historia, que todo lo sabe, y por la razón, que en todo se mete, que la última miseria á que puede llegar el hombre es á la adoración necesaria del becerro de oro.

No se crea por eso que D. Plácido Castro Verde es un gran economista.

Si metemos la mano de nuestro entendimiento hasta la última profundidad del saco en que se oculta el secreto misterioso de la invención que hará del nombre de ese vecino de París, español por más señas, un objeto de admiración presente, de gloria futura y de gratitud eterna, tropezaremos con que ha resuelto en su origen, cortándola de raíz, la cuestión en que están encerradas todas las cuestiones que traen agitado al mundo.

Digo la cuestión en que están encerradas todas, porque no hay ninguna que pueda hallarse fuera de estos cuatro términos: «Tú ó yo; lo tuyo ó lo mío».

No se vaya á creer por eso que D. Plácido Castro Verde es un hombre político.

Todavía hay más.

Pensando que el invento que debe dar á este ser internacional, pues es español por una parte y francés por otra, un sitio preferente en la galería de los hombres célebres, determina con ciega precisión los límites de lo que á cada uno corresponde, parece como que el descubrimiento ha recibido la luz de la vida empujado por un principio retrógrado de la sabiduría antigua, que impone á cada hombre el difícil deber de vivir contento con lo que tenga.

Visto así el caso, el invento podría tomarse por un tratado de profunda filosofía.

Y digo profunda, porque esa filosofía parece enterrada bajo siete estados de tierra, como opuesta al impetuoso movimiento del gran progreso humano.

Pero esto no debe inducir á nadie á creer que D. Plácido Castro Verde es un filósofo.

¿Qué es, pues, D. Plácido Castro Verde?

Un hombre que no es cirujano, cuando hay que componer tantas cabezas destornilladas, tantos pies de que se cojea, tanta mano rota, cuando el cuerpo social, en fin, no tiene hueso sano, ¿qué puede ser?

Un hombre que no es jurisconsulto, cuando todo derecho está en duda, cuando la vida es un pleito, cuando la ley del embudo, perpetuamente en ejercicio, pone á todo hombre en la necesidad de saber científicamente de qué lado ha de cogerla, cuando, abierto á todas horas el tribunal de la opinión pública, ofrece toda clase de fallos á toda clase de causas, cuando el *pro* vale tanto como el *contra*, cuando lo negro puede ser blanco, cuando lo que hoy es *sí* mañana es *no*, cuando, en fin, la razón se inventa y la justicia se toma, ¿qué podrá ser ese hombre?

Sigamos adelante.

Un hombre que no es economista, cuando la ciencia, llenando de luz la obscuridad de los bolsillos vacíos, ha establecido el medio seguro de que nadie salga del deber, abriendo, por medio del crédito, la facilidad de no pagar nunca, ¿qué especie de hombre puede ser ese?

Un hombre que no es político, cuando toda urbanidad está perdida, cuando el ser hombre particular es tener su vida y hacienda á merced de los hombres públicos, cuando es preciso hacerse partido para convertirse en entero, esto es, cuando es indispensable ser parte para poder serlo todo, ¿qué hombre será éste?

Continuemos averiguando.

Un hombre que no es filósofo siquiera, que, siendo francés por una parte y español por otra, verdadero *galimatías* de lenguaje, de costumbres,

de intereses, de carácter y de naturaleza, no ha penetrado los secretos de la *filosofía*, es un hombre que, lo mismo en París que en Madrid, lo mismo en España que en Francia, anda á obscuras.

No ser filósofo, esto es, no embriagarse unas veces con el *yo* y otras veces con el *noyó*; no saber que el hombre se ha sorprendido á sí mismo siendo dios, para convertirse, por la fuerza de su voluntad suprema, en la hechura de todos los vicios y de todos los errores.

No ser filósofo, es casi no ser hombre, es ignorarse á sí mismo.

¿Qué hombre es este que no es ni cirujano, ni jurisconsulto, ni economista, ni político, ni siquiera filósofo?

D. Plácido Castro Verde, ¿es pura y simplemente un hombre?

¿Qué es?

Mirado al través de su invento, es un mecánico.

Un espíritu positivo, que ha encontrado la manera de resolver un gran problema científico por medio de una máquina.

Un hombre que, considerando la vida como una serie de hechos, y la sociedad como un conjunto de aparatos, ha comprendido perfectamente que la gran ciencia de estos días, la que guarda la solución de todos los problemas, es la mecánica.

Él ha visto que el vapor, semejante á una abreviatura, ha suprimido las distancias, convirtiendo

al mundo en un barrio y al género humano en una sociedad de vecinos.

Él ha visto, al vivo resplandor del rayo eléctrico, que el tiempo es inútil.

Siguiendo este orden de observaciones, ha debido caer en la cuenta de que la mecánica guardaba el secreto de la perfección del género humano.

Una vez en la pista del descubrimiento, pronto debió sorprenderlo; y, una vez sorprendido, pudo muy bien comprender que había llegado el momento de que quedaran suprimidas, como el tiempo y como el espacio, toda ley y toda moral.

D. Plácido Castro Verde, digámoslo de una vez, ha visto claro, y aplicando su secreto á la necesidad urgente, ha concebido la idea de un aparato eléctrico que por medio de una *campanilla de seguridad* hace imposible el robo.

Veán Vds. por qué género de ley, por qué especie de moral, por qué clase de civilización y de adelanto, hemos llegado á la extinción de los ladrones.

Véase cómo una corriente eléctrica, constante y hábilmente establecida, semejante á un principio de justicia, pone en movimiento una campanilla de seguridad con quien está de acuerdo, y, haciéndola sonar como la voz de un juez, como el grito de la propia conciencia, detiene al ladrón en el momento de poner la mano en lo ajeno, y le dice: «Eso no es tuyo».

El sistema moral que ese aparato encierra no es nuevo, pero es la perfección del género.

Desde la primera llave con que se cerró la primera puerta hasta la institución de la Guardia civil, el sistema ha pasado por una serie de adelantos que prueban que han seguido también el gran camino del progreso los hombres que viven entregados al estudio experimental de apropiarse lo ajeno.

Mas sea como quiera, el aparato de D. Plácido Castro Verde es al fin un gran paso.

Por él puede medirse la altura á que han llegado los conocimientos humanos en el arduo punto de asegurar á cada uno lo que le pertenece, contra la insuficiencia de las leyes que facilita á los hombres aficionados á lo ajeno la manera de poseer lo que jamás les ha pertenecido.

Debe considerarse como esas señales puestas en las márgenes de los ríos para indicar á los viajeros la altura á que llegan las inundaciones.

Esa máquina es un rótulo que debe leerse de esta manera:

«Aquí nos llega el agua».





LA MORAL Y EL DERECHO

COMO un precioso trabajo, y con la calificación de obra científica, anuncian los periódicos la aparición de un libro que lleva por título el siguiente absurdo :

«El derecho de la guerra conforme á la moral.»

Al anunciar este libro, nos lo recomiendan especialmente como muy útil para las clases ilustradas y para las clases ignorantes ; pero yo tengo la desgracia de creer que será inútil para las unas y para las otras.

Su autor, según nos dicen, quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, y despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios.

Confesemos que el propósito es laudable ; pero advirtamos de paso que se reirán de él á discreción

todos los ejércitos victoriosos que paseen por el mundo la fuerza de sus armas.

Poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, no es ciertamente una empresa nueva; pero no es por eso menos digna de alabanza.

Querer despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios, no es tampoco un empeño ni más moderno ni menos apreciable; pero intentar una cosa y otra á propósito de la guerra, esto es, en nombre de la guerra misma, me parece poco más ó menos un sublime desatino.

El derecho de la guerra es lo mismo que el derecho del más fuerte, porque es cosa de todo punto averiguada que los débiles no tienen nunca derecho para hacer la guerra, ni siquiera para sufrirla.

El derecho de la guerra es la victoria; no puede ser otro, porque, siendo la guerra una barbaridad, vendríamos á parar en que las barbaridades pueden tener derecho.

¿Han tenido razón alguna vez los vencidos?

La guerra es el castigo que Dios ha impuesto á la soberbia de la razón humana.

La razón de nuestros días se presenta á las observaciones del filósofo bajo la aguda forma de un fusil de aguja. Esta es su última forma, su última palabra.

Es el último argumento que ha inventado la ciencia del derecho.

Cuando se tienen trescientos mil hombres que

triunfan, lo que menos importa es tener razón. ¿Para qué serviría?

La mayor parte de las grandes cuestiones que traen agitado al mundo, se plantean por sí solas y se resuelven por sí mismas.

El derecho de la guerra sería verdaderamente una cuestión digna de estudio, si la guerra misma no la resolviera práctica y definitivamente siempre que el caso se presenta.

—¿Se hace la guerra cuando se quiere?

—No.

—¿Se hace cuando se debe?

—Tampoco.

—Pues ¿cuándo se hace la guerra?

—Cuando se puede.

Roma llevó sus legiones victoriosas á todas las partes del mundo conocido entonces.

—¿Cuándo hizo esto?

—Cuando pudo.

—¿Tenía derecho para hacerlo?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo hizo?

—Haciéndolo.

España tardó siete siglos en quitarse de encima la pesada mosca de la dominación sarracena, por la sencilla razón de que no pudo hacerlo antes.

—¿Tenía derecho?

—Inconcuso.

La guerra es un hecho bárbaro, y, por lo tanto, carece de derecho; porque debe tenerse en cuenta

que al que se defiende no se le puede decir con propiedad que hace la guerra, sino que la sufre.

Pero me dirán: el autor de este libro quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia.

Y yo replico que hace muy bien, y añado que acaso no podía hacer cosa mejor; pero hay un orden de inteligencias á cuyo alcance no llegan nunca las eternas verdades de la justicia.

Estas inteligencias inaccesibles son las de todos aquellos que tienen en su mano una espada como la de Alejandro, legiones romanas como las de César, ó ejércitos franceses como los de Napoleón I.

El sable de más filo, la bayoneta de más punta, el cañón de más alcance: he ahí el derecho de la guerra.

La guerra tiene por derecho la fuerza y por moral la victoria.

La razón humana tiene por tribunal de apelación la astucia ó la fuerza.

La última razón del hombre es la guerra.

Pero, ¡ya se ve!, el autor se propone al mismo tiempo despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios.

¿Qué pretende? ¿Que los hombres se destruyan con toda filantropía?

¿Pretende que las guerras sean moralmente imposibles?

Lo primero no puede ser; lo segundo es.

Pero aquí el libro nos interrumpe, y abriéndose

por todas sus hojas, nos dice: «He aquí lo que pretendo.

» Pretendo que la guerra sea justa ».

No se puede pedir menos, y, sin embargo, no se puede pedir más.

¿Qué menos se le puede pedir á la fuerza humana que el favor de que se resigne á ser siempre el brazo del derecho?

¿Qué más se le puede pedir á la fuerza bruta de que el hombre dispone, que el sacrificio de contenerse dentro de los límites de la razón y de la humanidad?

Sin duda el autor de este libro, al acometer su laudable empresa, no ha tomado todos los datos que la civilización moderna arroja á nuestros ojos.

No ha visto que el nivel de la perfección humana ha subido á la magnífica altura que señalan todos esos admirables adelantos á que la industria civilizadora ha llevado el destructor refinamiento de todos los elementos de la guerra.

Ninguna civilización ni ninguna barbarie ha habido en el mundo tan rica en medios de destrucción como la civilización que nos perfecciona.

El derecho, la razón...: he aquí las dos grandes palabras del siglo, las dos grandes invocaciones de la edad presente.

El derecho, ante el que parece que todo el mundo se descubre; la razón, ante la que parece que todo el mundo se arrodilla.

En nombre del derecho se intenta todo; en nombre de la razón todo se acomete.

Pero ¿qué es eso que llamamos *derecho*?

Una cosa muy sencilla: es todo lo que se quiere, y principalmente todo lo que se puede.

En una palabra: el derecho es la fuerza.

El derecho es esta razón que voy á decir en latín para mayor claridad: *Quia nominor leo*.

El derecho es un puñado de oro, la punta de una espada, el resultado feliz de una intriga hábil, una infamia triunfante, una iniquidad victoriosa, una combinación irresistible de la fuerza y de la fortuna.

Derecho es una palabra cuyo sentido es este «éxito».

El derecho tiene una apelación suprema, última definitiva, concluyente: la apelación á la fuerza.

Los estudiantes de derecho, al salir de las aulas de la Universidad, tendrán probablemente la candidez de creer que se llevan, digámoslo así, en la cabeza el gran secreto de la armonía humana.

Es una ilusión como otra cualquiera.

Puede que algunos, muy pocos, hayan comprendido en toda su extensión la fuerza del derecho; pero si hay alguno que haya penetrado en la profundidad del asunto, no lleva, en substancia, más que una idea vuelta del revés, un principio cuyos términos están invertidos.

La fuerza del derecho no tiene en el mundo más que una dificultad, que consiste en una inversión profunda del orden de las palabras.

Contra la fuerza del derecho, el derecho de la fuerza.

¿Y qué cosa es la razón?

La razón, hemos averiguado que no puede ser, en substancia, más que la mitad más uno.

La razón es la cantidad, el número, la masa.

¿De quién es la razón?

De los más.

Esto es, de quien no ha sido nunca; y permítaseme que me adelante y rasgue el velo de lo que está por venir, y añada: y de quien no será jamás.

Una votación: he aquí el último paso de la razón humana.

Una guerra: he aquí la última demostración del derecho humano.

Es derecho lo que se puede, es razón lo que se impone.

¿Quién me tose á mí con una mayoría cualquiera?

¿Quién se atreve á mi derecho teniendo yo delante un ejército formidable?

Mi razón se compone de doscientos votos.

Mi derecho se apoya en la razón suprema de cuatrocientas mil bayonetas.

Aquí se nos presenta nuestra majestuosa civilización, desnuda como un gladiador del circo romano.

«Aquí estoy yo», dice; y enseña los puños.

Voy á discutir á cachete limpio, voy á convenceros á cañonazo seco.

El derecho será del que venza; la razón, del que triunfe.

Convencer es un verbo que se ríe de sí mismo: vencer, esa es la gran palabra.

La guerra es la gran demostración; no se ha encontrado otra.

Hace cinco siglos que salimos de la Edad Media: la historia lo dice; pero la historia miente. La verdadera Edad Media es esta.

No se puede vivir sin tener la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

Por eso, ¿quién piensa en la fuerza del derecho? Pero, ¿quién no piensa en los cañones rayados ó en los fusiles de aguja?

Y por eso yo, ante este libro, experimento un doble sentimiento.

Y digo:

Este libro es necesario; y pienso al mismo tiempo que semejante necesidad es una cosa muy triste.

Á la vez añado:

Ese libro es inútil, y esta reflexión me desconsuela más todavía.

¡Es necesario y es inútil! He aquí un absurdo lleno de tristeza.

Todo lo que acerca de la guerra se puede decir se le ocurrió hace ya mucho tiempo á las bien templadas hojas de las espadas de Toledo.

Como en aquellos tiempos éramos tan bárbaros, debió considerarse como cosa indispensable

que el derecho y el deber fueran escritos sobre la fuerza misma.

Aquellas hojas brillantes de aquellas nobles espadas decían por una parte en letras abiertas sobre el acero:

«No me saques sin razón.»

Y por otra parte añadían:

«Ni me envaines sin honor.»

Lo cual, traducido, quiere decir:

Ante todo: «No seas bruto.»

Después: «No seas cobarde.»

Se han borrado del acero en que estaban grabados, los artículos de esta noble ley, y, sin duda ninguna, por eso tenemos algunas espadas que la deshonra vende, y el éxito compra, y la infamia alquila.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO